



Todos los muertos dejan una vida

Recuerdo en estos aciagos días, como tantos madrileños, la presión en el pecho y el desasosiego que siguió a la matanza de los trenes de Atocha. Y entiendo muy bien a los parisinos... Podíamos haber sido cualquiera de nosotros, nos decimos, y reconocemos, entonces, el auténtico rostro del miedo. Sólo la cercanía real del peligro parece capaz de hacernos reaccionar por mucho que las convicciones inunden de solidaridad y empatía nuestros discursos.

Los expertos argumentan que en la civilización occidental, donde alimentamos un horizonte de desarrollo vital sin parangón en el mundo, no tenemos asumido el tránsito a la muerte y eso nos hace más vulnerables frente a sociedades donde la vida 'vale muy poco'. Quizá sea así. Pero no

En París, en Beirut, en un avión ruso o un mercado iraquí... Todo asesinato deja igual devastación. Ningún país debe ser ajeno a la lucha contra el terror

creo que el nivel de apego a la vida, por miserable que sea, rebaje el dolor o la ausencia que provoca un cruel asesinato, sea en una sala de conciertos de París, en una calle de Beirut, en el asiento de un avión ruso o en la cola de un mercado en Irak. Por eso resultan tan desalentadoras las distintas varas de medir el nivel de horror que estamos dispuestos a soportar y cuándo se torna inaceptable la falta de acuerdo para ponerlo fin. Esta 'guerra', como la llaman en Francia, debería haber alcanzado hace tiempo ese límite para obligar a los líderes mundiales a aunar esfuerzos en su contra. ●